

V.

Dos meses despues en Madrid hallabase un dia muy triste Pacheco, despues de haberse encerrado en su despacho para leer las cartas que habia recibido de Sevilla, cuan-

—Te conoce por mí, le dijo su marido con bondad, sabe que eres mejor que lo que pareces por tus ligerezas, y ho querido confiarse de ti.

Al mismo tiempo sacó una carta, que le entregó.

Era la espresion del mas profundo y tierno sentimiento que podia inspirarse en amor...



Naranjos de Buena Esperanza.

do su muger y su sobrina le preguntaron la causa de su pesar.

—He perdido mi mejor amigo. ¡Ha muerto Lara!

—¿Y de qué?

—Esta carta, que es para tí, te lo dirá tal vez. Te ha escrito antes de morir.

—¿A mí? ¡Si apenas me conoce!

SEGUNDA SERIE.—1855.

La carta decia:

«No me atrevo á escribirla, porque no quiero que ninguna imágen triste venga á turbar la serenidad de su feliz porvenir. Muero porque he comprendido que jamás podia ser amado. Si viviese, esta confesion seria ridicula, empero ¿quién se burla de un mal que causa la muerte? Mucho he sufrido antes de llegar á ella; he arrastrado la vida

AÑO XIII. 27

solo; pero desde el dia en que comprendí todo lo que me faltaba para ser feliz, me sentí herido de muerte. Este dia... este dia, señora, ha sido el mas hermoso y el mas doloroso de mi vida. Antes de recordarlo debo decir cuál fué mi infancia sin alegría, sin juventud, sin esperanzas. Mi madre murió al darme á luz, tuve por padre un noble anciano, que me dejó grandes bienes. ¡Por qué no me dejó en su lugar un poco de salud, un poco de hermosura! Viví enfermizo, endebles, desgraciado, objeto de la burla, primero de los niños de mi edad, despues de mis compañeros de colegio.

«La dulzura de mi carácter, la viveza de mi inteligencia me conquistaron algunos corazones. Pacheco hizo amistad conmigo por aquel tiempo, él solo me animaba y me decía que no desesperase de ser feliz. Sosteníanme ¡ay! estas ilusiones; sin embargo, á pesar de la oposicion de su amistad, seguí el instinto que me llevaba á la soledad. A los veinte años vine á encerrarme para siempre en el retiro que vd. ha visto... allí, solo con la naturaleza y con el estudio, fortifiqué mi alma. Cultivaba mis flores durante el dia, me encerraba con mis libros en mi estudio durante la noche. Así viví muchos años sin ser muy desgraciado. Era tan bella para mí la naturaleza, su espectáculo tan imponente y siempre tan nuevo, que si hubiese podido olvidar-me enteramente de mí mismo, me hubiera bastado, pero todo me recordaba mi destino. Cuando por casualidad encontraba á alguna muchacha del campo, separaba de mí la vista, y con una exclamacion cuyo sentido comprendia demasiado bien, echaba á correr. Era horroroso, repugnante, lo sabia. Conocia mi deformidad, me causaba yo horror á mí mismo, porque con el sentido de la belleza moral habia recibido de la naturaleza un esquisito sentido para apreciar la belleza física, y falto de esta me rodeé de sus imágenes; amaba las artes y sus obras maestras. Hasta entonces al menos mis padecimientos eran tolerables, podia luchar con ellos y vencerlos, mas tarde me ha sido imposible.

«No sabe vd. cuántas emociones y noches de insomnio me causó la noticia de su llegada y la de su sobrina. Dos jóvenes y lindas mugeres venian á vivir á mi vecindad; deberes de amistad y sociedad me obligaban á visitarlas. Tal era mi deseo, pero temia espantarlas. En vano Pacheco trató de disipar mis temores; los comprenderá vd., señora, y adivinará las angustias por que he pasado, cuando le diga que el dia que vinieron á mi hacienda me hallaba allí temblando, traspasado de tristeza, siguiéndolas con la vista, sin atreverme á ponerme en su presencia.

«Oculto detrás de una cortina de la ventana del piso principal, ví á vd. y á ella apoyadas en los dos naranjos que habia á la puerta de la casa, y cuyas ramas se mecian sobre sus dos lindas cabezas. Vi á Conchita hermosa, sencilla, interesante y encantada con la vista de mi jardín, oí sus palabras y las de vd. y concebí un sueño insensato. Fui feliz durante algunas horas, habiase separado mi alma de tal modo de mi cuerpo, que no sentia ya el tormento de tenerle. Vivía en un mundo ideal, era amante, inteligente, generoso, era digno de ella; ¡me creí ser correspondido! Cuando se separaron vds. anduve errante toda la noche recorriendo las calles por donde Concha habia andado, besando la tierra que habia pisado, abrazando ardientemente su imagen. Era mia, ¡la estrechaba en mi ar-

diente pecho! y con esta ilusion entré en mi desierta casa! Al pálido resplandor de la luz que iluminaba mi cuarto, ví al entrar reflejarse en un espejo mi rostro, retrocedí espantado y volví á caer en la realidad. Nunca, nunca seré amado, exclamé, y lloré. Entonces rogué al cielo acelerase el curso de mis años, hubiera deseado convertirme repentinamente en un viejo! Pero sentir dentro de mí todos los instintos, todos los deseos, todos los fuegos de la juventud, y estar condenado á un eterno aislamiento, á no gozar sino vendidos amores!... El mundo se burla de la fealdad como de una cosa ridícula; ¡ah! ¡mejor debiera compadecerla como una incurable enfermedad!...

«Abatido, desesperado cada dia mas á pesar de las instancias de mi amigo Pacheco, rehusé que me presentase á vds., de quienes solo huía en apariencia. Yo las seguia oculto á todas partes, yo las veía casi á todas horas. ¡Qué linda estaba Conchita! Así respiraba sin cesar el veneno que me mataba, y me moria poco á poco lleno de felicidad.

«La noche del concierto yo no queria verla, sino solo oirla, á pesar de la promesa que me habia arrancado Pacheco; pero fué mas irresistible la atraccion de mi amor que mi propósito, y entré en la sala. Lo olvidé todo, no ví mas que á ella, no oí mas que su divino canto. Transformado por el entusiasmo no era ya un hombre, era una inteligencia etérea. ¡Cuán feliz fui por algunos instantes! Cuando cesó el canto quise salirme, ya no era tiempo. Pacheco me cogió del brazo y me presentó á vd. Sentime perdido, hubiera podido implorar piedad del alma de vd., pero no es el alma la que juzga de la fealdad, sino la mirada, ¡y la de vd. fué inexorable! Quise alejarme antes que ella me hubiese visto. Tuve una fatal debilidad, volví la cabeza para verla aun otra vez: ¡en aquel momento vd. me enseñó á ella! Su mirada fué como la de vd., lei en ella su espanto. Al salir me dejó caer sobre un banco del jardín; desde allí oí la conversacion que tuvo vd. con ella! Yo estaba allí, señora, yo estaba allí, cuando le dijo á vd., *he amado ocho dias su imagen*.

«¡Hubiera podido ser amado de ella! Si la naturaleza no me hubiese tratado como madrastra, hubiera podido unirme á esta muger tan hermosa. ¡Qué cuadro desplegaron sus palabras en mi imaginacion! Veíala en mi soledad, embellecida con su presencia, en mis amantes brazos veíala esposa y madre, rodeada de los inmensos bienes que podia darme, de mi amor aun mas inmenso!... Toda esta lontananza de delicias desapareció, y me sentí mortalmente herido. Desde aquel dia me he ido acabando y consumiendo poco á poco, y aseguro á vd. que no sentia concluir mi vida. Esta muerte será útil á los pobres, á quien les dejo mis bienes. No le diga vd. nada de lo que he sufrido, pero dígame vd. que no desprecie el ruego de un desgraciado, el capricho de un muerto. Que acepte de vd. los dos cajones de naranjos, cuyas ramas en flor la abrigaron un instante; que les dé un asilo en su habitación; que respire alguna vez el perfume de su azahar, y que piense que tal vez en aquel instante mi errante sombra girará en torno de ella.

«Quede vd. con Dios, señora, y ruegue vd. muy eficazmente á Conchita que no rehusé este regalo de un difunto, y que se acuerde todos los años de él al ver renovar su azahar, no tan puro, no tan blanco como ella...

Esta triste carta que hará toda una elegía, entristeció considerablemente á toda la familia de Pacheco.

Conchita se casó algunos años despues, perdiendo muy pronto á su marido, al que no tardó en seguir al sepulcro. Conservó toda su vida los naranjos, que eran para ella un recuerdo del amor que habian inspirado su juventud y sus gracias. A su muerte fueron vendidos estos naranjos, que

trasplantados, figuran hoy convertidos en dos hermosos arboles á la entrada de la magnífica hacienda de Buena Esperanza, una de las mas hermosas posesiones que embellecen los alrededores de la reina del Guadalquivir.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

ESTUDIOS MORALES.

EL AMOR DE DOS HUÉRFANAS Y LA PESTE.

(HISTÓRICO.)

Vesibel era hija del lord Kinrain, y Mary Gray, del lord Linedoc. Las dos, de una estraordinaria belleza, se amaban desde la infancia, y su afecto habíase acrecentado de tal modo con la edad, que no podia vivir la una sin la otra. Habiendo arrebatado la muerte á sus padres, estas jóvenes huérfanas decidieron á no separarse jamás, y habian edificado una hermosa casa de campo á los alrededores de Linedoc-house, donde retiradas y solitarias pasaban sus tranquilos dias. ¡Burnabraes era su eden!...

Pero de pronto una desacostumbrada tristeza se esparce sobre sus facciones. No se hablaban ya con el mismo amor y con el mismo abandono; tenian algun secreto pesar, pero no osaban confiarse la causa de su tristeza.

¿De dónde provenia esta mudanza?

Un dia saltando un foso el caballo de un jóven cazador, cayó al lado de Burnabraes. El jóven Douglas, herido, se levantó del suelo y no pudo marchar sin pena. Perdido en su camino, divisó una casa de campo y pidió un asilo. Vesibel y Mary Gray le acogieron con un interés igual. Douglas era amable y hermoso.

Habíanse pasado muchos dias desde aquel suceso. El jóven cazador no se presentaba ya en Burnabraes, pero las dos amigas le habian vuelto á ver, tan pronto acá, tan pronto allá. Vesibel y Mary Gray no vivian tan reclusas como en otro tiempo; visitaban con gusto la vecindad; tenian algunas partidas de campo. No estaban mas alegres, es cierto, pero la distraccion para ellas habia sido de repente una necesidad. El tiempo cambia los caracteres, decian; el tiempo no era la palabra propia; hubiera sido preciso decir el amor.

La peste en 1666 apareció sobre la Escocia. El Perthshire fué desolado por el contagio; huyeron los placeres y las fiestas. No se oyó hablar mas que de la enfermedad y de muerte; cada uno se aisló de la vista de sus semejantes; la consternacion era general.

Las huérfanas de Burnabraes, protegidas por la Providencia, no fueron heridas por el azote. Sin embargo, un gran sufrimiento se veia de continuo en la espresion de sus fisonomías, se abrazaban algunas veces llorando.

—Quisiera morir, decia la una.

—Y yo tambien, respondia la otra.

—Y Mary Gray replicaba; ¿no nos amamos ya como en otro tiempo?

—¿Lo crees tú? replicaba Vesibel.

Y sus lágrimas volvieron á correr con grande abundancia, y no se preguntaban por qué.

—Mary, dijo una mañana Vesibel á su compañera; padezco horriblemente. Quiero retirarme á Kinrain; tengo miedo de que el contagio me ha atacado, y no quiero que te se pegue.

—Comprendo, tú quisieras marcharte y me prohibes que te acompañe; pero si llegases á morir, ¿podré yo sobrevivirte?

—Esto me preguntaba yo, Mary.

—¿Y qué te has respondido?

—No lo sé.... no tengo idea de nada ya.

—Escucha, Vesibel, replicó Mary con tono lastimero; han pasado hace algun tiempo no sé qué cosas, y qué desórden en nuestras almas, que han turbado la paz de nuestros corazones. ¿Será la peste el motivo?

—No, respondió Vesibel pasando la mano sobre su frente con cierto aire de desesperacion; no, la epidemia no tiene que ver nada con el desarreglo de nuestras almas; debe haber otra cosa.

—Soy de tu mismo parecer, Vesibel; pero esta *otra cosa*, ¿cuál es?

—He ahí la gran cuestion. ¿No has reflexionado jamás en ella?

—Sí; pero como tú, no sé, no tengo idea.

—Mary, replica Vesibel con tono grave; yo me he preguntado á mí misma escrupulosamente; las dos estamos en un error; nuestra libertad no ha sufrido ninguna alteracion; nos amamos siempre lo mismo, solamente... yo creo... me parece...

—¡Acaba!... ¿Qué te parece?

—Que la vida tiene mas de un móvil, que muchos sentimientos... ó intereses, pueden unirse sin dañarse... que todo está en saberlos comprender y dirigir, que explicándose puede una entenderse; y en fin... ¿no es eso, Mary?

—Sí, posible es, Vesibel, pero francamente, esto no está claro.

—Yo reflexionaré mas, y para esto me voy. Tengo un plan, querida Mary, volveré á someterlo si no me muero antes. ¡Ah! entonces con qué placer nos volveremos á ver, y para amarnos mas que nunca!...

—¿Un plan, Vesibel? Pero no sé por qué tengo miedo. Antes de dejar á Burnabraes tengo una gracia que pedirte.

Prométeme, que suceda lo que suceda, jamás se resfriará nuestra amistad.

—Te lo juro. ¿Y tú?

—¡Lo mismo!...

Vesibel se marchó al día siguiente. Mary la vió alejarse con una terrible opresión en su corazón. Después, sola en el fondo de su estancia, y entregada á su secreto pensamiento, que ha largo tiempo la devoraba, ¡ah! murmuró muy bajo: «tal vez él ha muerto también.»

John Douglas había sido herido por el azote, y lo sabían las dos amigas. Después de la fatal noticia llegada á Burnabraes, Douglas, refugiado en Perth, se hallaba en su último instante.

—¡Oh! sin mi adhesión á Vesibel, continuó la pobre Mary, yo hubiera ido allá á socorrerle; la única cosa que me detiene es que pudiendo traer la peste conmigo, hubiera matado á mi pobre compañera, la que yo prefiero á todo... escepto, tal vez á Douglas, y aun ¿qué sé yo si le vence?

La simple doncella al pronunciar estas palabras, echóse sobre la espalda un manto escocés, envolvióse la cabeza en un velo, y salió de su morada á pasos apresurados. De repente, deteniéndose en el camino, ¿dónde voy? se pregunta; y continuando su marcha añadió: voy á ver si existe aun.

Llega á Perth, llama suavemente á la puerta de la casa de Douglas. Hallábase espirando en su lecho. Tenía la doncella el rostro oculto; pensaba que en el estado de fiebre en que se hallaba el enfermo, no podría reconocerla. Nadie sabrá su paso; la epidemia lo ha trastornado todo en la sociedad. ¿Quién pensaría en medio de las calamidades públicas en las conveniencias sociales? Mary Gray quiere asegurarse por sí misma del estado del moribundo, y si no puede salvarle, al menos haber tenido el placer de mirarle aun, de dirigirle en voz baja un último adiós, y orar por él al pie de su cama.

Abrióse la puerta delante de ella. El cuarto se hallaba oscuro; habían corrido cuidadosamente las cortinas de la cama, y cerrado las ventanas, para que una luz demasiado viva no fatigase ó hiriese los ojos debilitados del enfermo. Adelantóse con ligero paso: Douglas descansaba en aquel momento; Mary Gray apercibió á su cabecera la figura blanca de una mujer; se aproxima... ¡Oh cielos!... Un grito sordo, es una mujer... es Vesibel...

Mary Gray queda confundida. Las dos amigas frente á frente la una de la otra, cerca del joven Douglas, se miran sin hablarse. ¡Cuántos pensamientos había en el fondo de su alma! Pálidas, heladas, inmóviles, parecían dos estatuas fúnebres al lado de un sarcófago. Mary rompió al fin el silencio.

—Y que, Vesibel ¿tú le amabas?

—Sí, Mary, con toda mi alma. Y tú, tú también ¿no es esto?

—Ya lo ves, pues que estoy aquí.

—¿Por qué haberme ocultado tu amor?

—¿Me habías tú confesado el tuyo?

—Mary, no era necesario. Mira, convengamos en ello: tú y yo hacíamos esfuerzos para no comprendernos, pero en el fondo nos adivinábamos, éramos rivales, lo sabíamos, pero queríamos ocultárnoslo ¿Éramos culpables en esto? No, porque esto prueba que mirábamos el amor como un intruso que no debíamos admitir en el santuario de nuestra amistad. ¿Te acuerdas tú de tu promesa?

—¡Oh! yo cumpliré la mía, Mary.

—Y yo también, hasta la muerte.

—¡Ah! no hablemos del sepulcro.

—¿Por qué? ¡Estamos tan próximas! Mira...

El inanimado rostro del moribundo parecía en efecto pertenecer ya á la otra vida; hallábanse cerradas sus pupilas, sin embargo, su frente varonil y sus nobles facciones conservaban aun la gracia y el encanto.

—¡Qué lástima! dijo Vesibel; morir ya tan joven y tan hermoso....

—¿A ti sin duda, amaba? preguntó Mary con trémula voz. Al menos amaba á la mejor.

—¿A mí? replicó vivamente Vesibel; yo te iba á dirigir la misma pregunta.

—¿De veras? respondió la doncella de Linedoch. Y bien, no nos respondamos, no tratemos de descubrir nada, la tumba llevará su secreto.

—Pero, ¿y si sobrevive?

—Elegira.

—Y yo su esposa, ó tú la suya, continuaremos en amarnos lo mismo.

—¡Oh! yo respondo en cuanto á mí.

—Mi corazón, Mary, también estará seguro.

—Bien, me siento menos desgraciada, dijo la dulce amiga de Vesibel, lanzando un profundo suspiro. A dios, te dejo con él; tú le cuidarás hoy, pero mañana me cederás tú tu lugar, quiero tener también mi turno.

—Le tendrás.

Mary volvió á Burnabraes....

A la mañana siguiente, Vesibel á la cabecera de la cama de su amante aguardaba volver á ver á su amiga. Había Douglas recobrado sus fuerzas. Su mirada la fijaba sobre la casta doncella con expresión de amor y reconocimiento. Decíase ella para sí, «me ama.»

El enfermo entreabrió sus labios. ¡Estoy bueno, murmuró! ¿cómo había de morir? Dos ángeles de la guarda estaban á mi lado.

—¿Dos? dijo Vesibel asombrada.

—Ayer, replicó Douglas, mis ojos no podían mirar, pero mi alma podía oír, he sentido á Mary Gray á mi lado.

—¿La amas? replicó la joven con un acento dulce y triste.

—¡Ah! ¿Quién no la amaría? Dijo Douglas.

Después estrechando la mano de Vesibel con una espansiva ternura:

—¿Cuál palpita mi corazón, continuó? Le habeis vuelto la existencia; renace para vosotras y por vosotras.

—Mary Gray vendrá ahora mismo, interrumpió Vesibel en voz baja.

—¡Que venga! exclamó Douglas. ¡Oh! que venga! la aguardo.

Apasionado era su acento. La hija del lord de Kinrain permaneció un instante muda, sin decir una palabra, en una triste y profunda meditacion, con la mano apoyada sobre su frente parecía ocultar sus lágrimas.

De pronto, levantándose con un movimiento de terror

—¡Ah! exclamó, es el medio día, y Mary Gray no ha venido.

—Dios mío, ¿qué le habrá sucedido?

Salióse fuera de la estancia. Apenas había dicho adiós á su amante, un horrible presentimiento oprimió su corazón, la persiguió en el camino.

Corrió al pueblo. Entró, llamó á Mary.

—¡Ay! Mary Gray en la estancia de Douglas habia respirado el aire fatal..... habia recibido el golpe de muerte.

—Vesibel, no te acerques á mí, dijo la pobre victima tendida en su lecho fúnebre; la epidemia te heriria, yo muero, vuelve á él, ¡no te quitaré ya tu lugar!!....

No, Mary, tú volverás á tomarle, respondió desolada su amiga, y yo no le ocuparé mas para su dicha, para la tuya, para la nuestra; tú le conservarás porque te ama.

—¿Te lo ha dicho? He creido comprenderlo.

—No debiamos hacerle preguntas.

—Es verdad, he hecho mal, no importa; te ama, será tu marido.

—Te has engañado, yo conozco lo contrario.

Mary espiró aquella noche.

Una semana despues Douglas se hallaba completamente restablecido. Inquieto, impaciente por no haber vuelto á ver ni á Vesibel, ni á Mary Gray desde que las dos se habian encontrado en su casa, aprovechó el primer momento que le permitieron sus fuerzas, y corrió apresurado á Burnabraes.

¡Ay! las dos amigas habian muerto. No encontró mas que dos atahudes..... ¿Sobre cuál de los dos lloró mas? Es imposible saberlo. Las dos habian sido sepultadas en un mismo sepulcro.

Este sepulcro donde reposan las dos célebres amigas está en Dronach-haugh sobre las orillas del rio Almond.

J. M. G.

FESTIVIDADES RELIGIOSAS.

NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA.

(SU FESTIVIDAD EL 8 DE SETIEMBRE.)

Es tradicion antiquisima que cuando el apóstol Santiago vino de Jerusalén á predicar á España, trajo la milagrosísima imagen que hoy llaman de la Almudena á esta coronada villa de Madrid, y la colocó en esta iglesia, en compañía de uno de sus doce discípulos, llamado Calozero, que fué el primero que predicó en ella, el año del Señor de 38. Es la primera que adoró esta villa, y por la misma tradicion se afirma fué labrada viviendo Nuestra Señora por San Nicodemus, y colorida por San Lucas, como consta de muchos autores. Renovóse este santuario año de 1600. —*Inscripcion que se lee en la iglesia parroquial de Santa Maria de esta corte.*

I.

Gran número de venerables sacerdotes de la iglesia de Santa Maria rodea una antigua imagen, objeto de la mas viva y tierna devocion del pueblo de Madrid. Todos están arrodillados é inclinadas las frentes sobre el suelo; todos derraman copiosas lágrimas, y dan en toda su persona señales de la mas profunda desolacion.

Nada mas terrible que el espectáculo que presentan aquellos afligidos ancianos, á la escasa luz de algunas lámparas moribundas, que solo basta para hacer visible la oscuridad de la estrecha nave y de las lóbregas capillas del templo. Reina en él un solemne silencio, solo interrumpido por los ahogados sollozos de los clérigos y por el acompasado son de los golpes con que algunos bieren sus pechos contritos, imaginándose en su inocencia y en su santidad, que sus levisimas culpas, forjadas las mas en sus puras imaginaciones por una escesaiva escrupulosidad, tienen irritado al Señor, y han sido parte á hacerle descargar el peso de su ira sobre la infeliz España. ¡Oh generosa,

oh dulce ilusion! ¡Oh tierna humildad! Otras son las culpas, ¿qué digo? otros son los crímenes que han apurado el sufrimiento del Altísimo y héchole apartar sus ojos indignados de la degradada monarquía, donde ha poco reinaba aun entre vicios y maldades el ciego, el insensato, el infame Rodrigo. Y como el Señor habia apartado sus ojos de este suelo infeliz, lleno de abominaciones, España perdió su antigua fortaleza, y los hijos de Omar, semejantes en su triunfante carrera á un torrente devastador, arrollaron sus ejércitos, sojuzgaron sus provincias y asentaron en ellas los cimientos de un imperio que debia resistir á ocho siglos de incesante lucha.

Escusado es decir que pasaba la triste escena que hemos empezado á referir al principio de este artículo en aquellos desastrosos dias que siguieron á la infausta jornada del Guadalete, en que mordieron el polvo tantos millares de cristianos, en que, como dice elegantemente un gran poeta moderno,

Del crimen de su rey víctimas todos,
Nadó en sangre el imperio de los godos.

Las huestes vencedoras de Muza acababan de tomar á Madrid, que habian entrado á sangre y fuego (714); así es que á los dolorosos sollozos que se oian, como ya hemos dicho, en la iglesia de Santa Maria, exhalados por los arrodillados clérigos, venian á mezclarse alguna vez lejanos clamores de guerra, choque de espadas desnudas, lamentos, maldiciones, alaridos. Poco á poco otros siniestros rumores iban oyéndose mas cercanos, á medida que iban sucumbiendo en la defensa de sus hogares los siempre heroicos madrileños, y del mismo modo tambien iban siendo cada vez mas amargos los quejidos, cada vez mas abundantes las lágrimas de aquellos ancianos sacerdotes que rodeaban á la santa imagen, que á cada instante temblaban, no de vérsela arrebatada por los moros, pues estaban resueltos á dejarse hacer pedazos primero que soltar á aquella sagrada prenda querida; no de morir só el hierro

musulman en su inerte defensa, pues todos anhelaban la palma del martirio, sino el considerar que sacrificados ellos, y este sacrificio era ¡ay! harto fácil, sin duda los infieles destrozarían ó profanarían la santa imagen, nefando atentado de que ya habían dado tantos ejemplos.

En aquel momento de cruel angustia, uno de los clérigos, el mas anciano y aquel en cuyas luces y santidad tenían todos entera confianza, púsose en pie, é imponiendo silencio á los demas, dijo despues de algunos momentos de hondo recogimiento mental.

—¡Oh hermanos míos! un solo medio nos queda de preservar del furor de los bárbaros este depósito precioso, y el cielo mismo acaba de inspirármelo. Doloroso es ¡ah! ¿por qué no podemos evitarlo á costa de nuestras vidas? Hermanos, es preciso resignarnos á consumir un gran sacrificio; es preciso renunciar á ver con nuestros ojos, mientras dura la opresión de nuestra patria, á esa imagen, nuestra luz y nuestro consuelo...

Un doloroso murmullo circuló por la prosternada asamblea; el anciano prosiguió:

—Es preciso que ahora mismo ocultemos este tesoro, de suerte que no puedan descubrirle los sarracenos, y yo conozco un sitio apropiado para ello. Hay en la torre murada contigua á nuestra iglesia un cubo que en pocos momentos podremos tapiar... Valor, hermanos míos, vamos á consumir el necesario sacrificio.

Y todos respondieron:

—¡Vamos!

Pocos momentos despues estaba colocada la sagrada imagen en un nicho del muro. Los clérigos, favorecidos por las tinieblas y la soledad del templo efectuaron la traslación sin que nadie lo advirtiese. Encendieron dos velas á ambos lados de la imagen, tapiaron el nicho y se retiraron con llanto en los ojos, pero lleno su corazón de un inefable consuelo, de ese consuelo que da la convicción de un árduo deber cumplido. ¡Ya estaba consumado el sacrificio!

II.

Madrid por tradición de sus mayores
Busca su imagen con devota pena,
Donde los africanos vencedores
Tenían de su trigo el Almudena.
El muro produciendo varias flores
Por los resquicios de la tierra amena,
Con letras de colores parecía
Que los mostraba el nombre de María.

LOPE DE VEGA.—*La Virgen de la Almudena.*—Poema.

Una numerosa y brillantísima procesión acaba de entrar en la antigua iglesia de Santa María, decorada con toda la esplendor que sabe desplegar en las grandes ocasiones el culto católico. Camina á su frente el gran rey de Castilla don Alonso VI, acompañado del rey don Sancho de Aragón y Navarra, de los infantes don Fernando, cardenal, y don Martín, y de una muchedumbre de prelados y grandes caballeros, todos conocidos por alguna gran proeza de guerra, y por alguna piadosa y magnífica fundación; pero hay uno entre ellos á quien todo el pueblo sigue con los ojos y no se cansa de mirar, señalándosele unos á otros con el dedo, y repitiéndose su nombre con orgullo. ¿Quién es ese caballero que escita tanto interés y curiosidad como

el mismo rey de Castilla? Ese es el Cid Campeador, el héroe de Bivar, el vasallo vencedor de siete reyes moros... ¿Qué mucho que su vista escite tanto interés y tanto orgullo?

Luego que ha entrado la procesión en la iglesia, empieza una solemne misa cantada, que todos oyen con profunda devoción...

Tres siglos han trascurrido desde el suceso que hemos referido al principio de este artículo. Madrid no gime ya bajo el yugo de los enemigos de la fe. El valeroso rey don Alonso VI los ha arrojado de sus murallas (1085); ha purificado los templos que profanó el culto impio del falso profeta; ha consagrado especialmente á la reina del cielo, la que antes fué principal mezquita de los moros.

Pero todavía no está del todo satisfecho el piadoso monarca. Es tradición popular que existe una antigua y muy devota imagen escondida, nadie sabe dónde, y el rey ha hecho voto de buscarla y descubrirla donde quiera que se encuentre; este es su mas constante anhelo, su pensamiento continuo. Por eso va haciendo públicas rogativas la solemne procesión de que acabamos de hablar, despues de haber todo el pueblo, en cumplimiento de lo prescrito en un pregon real, lo mismo que todos los grandes y prelados, implorado por nueve dias el auxilio de Dios, por medio de oraciones, ayunos y penitencias.

Acabado el santo sacrificio de la misa, salió del templo la procesión en el mismo orden en que habia entrado. Iba á proseguir su piadosa investigación de todos los sitios donde podia suponerse que estuviere oculta la imagen, cuando al pasar por delante de la torre contigua á la iglesia, dividióse de pronto por sí mismo el muro, y apareció en su nicho la preciosa imagen en la misma pureza de conservación, con la misma hermosura, y encendidas todavía las dos velas que á su lado pusieron los clérigos en aquella infausta noche en que la sustrajeron, del modo que dejamos brevemente referido, al furor de los sarracenos. ¡Ah! ¿Quién podría encarecer dignamente el júbilo del rey y de toda la población de Madrid con aquel venturoso hallazgo? Inmediatamente fué trasladada la devota imagen con régia pompa y magnificencia, llevando los prelados en hombros las andas en que iba, al sitio en que hoy ocupa en Santa María, y donde es objeto de la mas ferviente veneración del pueblo de Madrid.

El nombre de esta imagen proviene, á lo que generalmente se cree, de haber sido hallada junto al sitio donde tenían los moros el almoden, alholi ó alhóndiga del trigo.

A esta imagen han hecho riquísimos presentes de joyas y preciosos adornos muchos reyes y reinas y grandes señores: pero las calamidades de los tiempos la han dejado pocas riquezas para su atavío. Quédale no obstante aquel hermoso manto con flores, del que dice un poeta elegantemente:

Tiene el manto azul tan bellas
Flores de varios colores,
Que con sus pintadas flores
Dan envidia á las estrellas.

J. G. M.

LA COSTUMBRE.

La costumbre, dicen que es una segunda naturaleza, y todos los días efectivamente tenemos la prueba de que la costumbre es para nosotros una necesidad. No siempre la seguimos por gusto y placer, sino que nos arrastra esta segunda naturaleza, y no resistimos á ella.

Es tan grande el poder de la costumbre, que hay gentes que todo lo hacen por ella, aunque sean otras sus inclinaciones. Conozco yo una persona que se desayuna hace cuarenta años todas las mañanas con un par de huevos estrellados.

—¿Le gustan á vd. mucho? le pregunté yo un día.

—No señor, no me gustan, pero la costumbre.....

—Tal vez se lo ha mandado á vd. el médico.

—Nada de eso! Mi médico me ha dicho que puedo comer lo que me dé la gana. Pero ¿qué quiere vd? me he acostumbrado á los huevos.

¡Cuántas gentes hay en el mundo parecidas á este hombre, que pasan su vida en hacer cosas que les fastidian, en ir á tertulias en que no se divierten: en visitar gentes que no les gustan, en tener queridas que nunca han amado, en ir todas las noches á un teatro, en que se duermen, así como aquel caballero almorzaba todas las mañanas un par de huevos por costumbre!

Por costumbre, don Antonio se queja de falta de salud. Jamás se le ha visto malo, hace sus tres comidas calientes al día, duerme de un tirón toda la noche, no tiene ni jaqueca, ni tos, ni males de nervios, pero cuando se le pregunta por su salud, menea la cabeza y con aire afectado responde:

—Así, así!..... ¡tal cual!..... ¡un poco menos mal estoy!

Aquel comerciante gordo que en quince años ha ganado mucho y se ha formado una renta de diez mil duros, podría vivir feliz con ella. ¿Green nuestros lectores acaso que hace quince años se alegra de su constante prosperidad, que dé gracias á la Providencia del buen éxito de sus empresas? Nada de eso. No ha cesado de quejarse de lo malo

de los tiempos, de la paralización del comercio, de el ningún empleo de los capitales.

—No se hace nada, no hay negocios, es su eterno estri-villo. ¡Pobre hombre!... pero quejarse es en él una costumbre.

Dolores tiene gracia; charla, corta, decide en todo, aunque nada sepa á fondo; pero desde jóven le han dado la reputación de muger de talento, y aunque nada hace para merecerla todavía se la dan por costumbre.

Cárlos y Concha disputan sin cesar. Si el marido quiere salir la muger quiere quedarse en casa. Si Concha quiere ir á paseo, Cárlos encuentra que hace un tiempo detestable: el uno sostiene que llueve, cuando la otra dice que hace sol. Si el marido acaricia á su hijo su muger le riñe, si la mamá abraza la hija el papá la castiga. Por los mas fútiles motivos están continuamente regañando estos dos esposos, y sin embargo, cuando Concha no ve á su marido se fastidia, si el marido no encuentra en casa á su muger no sabe qué hacerse. No pueden pasarse el uno sin el otro. No es el amor lo que produce esto, sino la costumbre.

Por costumbre adoptamos un lugar en el teatro, un sitio en que sentarnos aun en nuestra misma casa, y nos contrariamos mal en cualquier otro punto, aunque estuviésemos mejor. Por costumbre llevamos el cuerpo derecho ó doblado hácia adelante. Por costumbre conservamos un criado que nos sirve mal, un sastre, un zapatero que nos lleva mas caro. Por costumbre se burla uno de los maridos, y sin embargo se casa. Por costumbre nos abonamos siempre á un mismo periódico y no á otro. Por costumbre deja un marido que su muger salga á paseo con su amigo íntimo. Por costumbre frecuentemente se hacen juramentos y declaraciones de amor, y tambien por costumbre es algunas veces uno infiel. En fin, por costumbre un anciano octogenario, ciego y paralítico, se lamenta y tiembla de perder la vida. ¡A ochenta años, dicen las gentes que ya es tiempo de morir! Al contrario, responderá el viejo, es mas difícil, por la costumbre que se tiene de vivir!

Por costumbre tambien hace TRECE años que muchas de nuestras lectoras leen tal vez nuestros artículos del MUSEO DE LAS FAMILIAS!...

CIENCIAS Y ARTES.

REAMUR.--SU TERMOMETRO.

Renato Antonio Ferthaultd Reamur, cuyo retrato damos hoy á nuestros lectores, nació en la Rochela, en el año de 1683. Desde su primera edad se dedicó á las ciencias físicas y naturales. A él se deben grandes descubrimientos en estas ciencias. Sus trabajos sobre la cementación y blandura del hierro fundido, sobre la fabricación de la hoja de lata y la porcelana, son de los mas útiles y pre-

ciosos descubrimientos que hizo este gran físico. En el año de 1708, fué nombrado de la Academia de las Ciencias. Por espacio de cincuenta años, se ocupó en hacer investigaciones sobre la historia natural, la física general y la tecnología.

Pero su principal descubrimiento es el *Termómetro* que lleva su nombre, por las grandes ventajas que ofrece, y que deja atrás el centígrado de Fahrenheit, simplificando el suyo por medio de una division de noventa grados, en lugar de ciento de que consta el de Fahrenheit. Haremos una breve descripción de este gran descubrimiento.

La palabra termómetro se deriva de las griegas *thermos*,

que quiere decir calor, y *metron*, medida. Es un instrumento destinado á indicar el calor, ó la temperatura del aire y de los cuerpos que se encuentran en el sitio donde está colocado este instrumento. Tiene su origen y su aplicación de que todos los cuerpos aumentan de volumen á proporción del calórico que reciben, bien sea líquido, sólido ó gaseoso. Así es, que un pequeño cilindro de metal que cuando frío ajusta precisamente en el agujero de otro pedazo de metal, no entrará en el mismo agujero ó tubo después de caliente, habiendo aumentado su diámetro por la acción del calor. Del mismo modo una bola de hierro que fría pasa exactamente por un anillo, no puede pasar después de haber sido puesta á la acción del fuego. La expansión así producida es tan pequeña, que solo puede percibirse cuando el instrumento está construido con mucha exactitud y delicadeza; pero tal cual sea, es de un efecto inevitable é infalible.

De cualquier materia se puede hacer un termómetro, los hay de metal, de aire, de alcohol, etc., pero los que se usan ordinariamente son de alcohol ó de mercurio. El aparato se compone de un tubo de cristal soldado á una esfera ó tubo mas grande, y de una capacidad igual con corta diferencia á cien veces el tubo de cristal herméticamente cerrado, y hasta cierta parte lleno de mercurio purificado de todo cuerpo extraño y á una temperatura ordinaria, de modo que la parte superior del tubo quede vacía.

De manera, que si el aparato se sumerge en agua helada, el mercurio se contraerá por efecto del frío y bajará por el interior del tubo. El punto donde se detenga el mercurio, se señalará con lacre, tinta, etc.

Después se pondrá el aparato en un baño de vapor acuoso; el calor dilata el mercurio y le obliga á elevarse por la columna hasta cierto punto, que se marcará de la misma manera que la anterior. Los puntos señalados se llaman puntos fijos del termómetro. El primero indica siempre la temperatura del hielo y el último la del agua hirviendo. La estension del tubo, comprendida entre estos dos puntos fijos, se denomina escala termométrica. Esta se divide en cierto número de partes, que se denominan grados. Esta división continúa indefinidamente tanto por la parte superior como por la inferior de los puntos ya fijados. Ya hemos dicho que la escala del termómetro de Fahrenheit, vulgarmente llamado centígrado, consta de cien grados.

Reamur la simplificó, dividiéndola en noventa grados.

Estas son las dos únicas divisiones que hoy día están en uso en España. La una y la otra tienen por punto de partida la temperatura del hielo al derretirse indicada por 0.

El signo 0 colocado á la derecha y por la parte alta de la cifra, significa grado: así $15^{\circ} 20'$ equivale á espresar 15 grados, 20 grados.

Cuando los números espresan temperaturas inferiores á las del hielo, indicada por el 0 de la escala se la antepone para abreviar el signo — por lo tanto, si en algun punto del termómetro encontramos marcado — 45° , entendemos que quiere decir 15 grados bajo cero ó de frío.

El signo + colocado á la izquierda del número que espresen los grados, sirve para advertir que estos grados pertenecen á la escala que está sobre 0; las espresiones + 18° , + 14° , significa por lo tanto diez y ocho grados sobre cero, catorce grados sobre cero.

Algunos termómetros tienen unido un aparato, por medio del cual señalan ellos mismos la mayor altura á que han llegado durante el tiempo en que no han sido observados.

Compónese este aparato de un termómetro doble de mercurio y de alcohol, provisto de unos pedacitos de esmalte ó acero, dispuestos de tal modo que quedan en los dos puntos extremos de temperatura que puede haber ocurrido durante la ausencia del observador. Estos termómetros, llamados de registro, se construyen de diferentes formas. La Universidad de Madrid adquirió, casi por una mera casualidad, uno de estos magníficos instrumentos, y aunque deteriorado lo mandó componer y figura hoy en la hermosa y magnífica colección de máquinas de la cátedra de física.

Reamur dió á conocer su termómetro en el año de 1751. A su influencia se debe el vuelo que tomaron las ciencias de observación y de aplicación en el siglo XVIII. Reamur, después de infinitos trabajos y profundos estudios



Renato Reamur.

en los que se vió contrariado muchas veces, presentó su método botánico, que ha sido el primero á que se dió el nombre de sistema. Compuso un gran número de Memorias publicadas en la colección de la Academia de Ciencias, entre ellas la célebre Memoria para la historia de los insectos, escrita en 1754 y que consta de seis volúmenes, y un tratado sobre el arte de convertir hierro en acero y suavizar el hierro colado.

Poseedor de grandes colecciones de minerales, conchas, y sobre todo, su magnífica de insectos, las legó á su muerte en el año de 1757 á un establecimiento de ciencias naturales.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.